

RAFAEL GARCÍA SÁNCHEZ

Doctor Arquitecto. Profesor Asociado de Estética y Composición.
Escuela de Arquitectura- UPCT.

rafael@sgbarquitectos.es

FRANCISCO SEGADO VÁZQUEZ

Doctor Arquitecto. Profesor de Construcciones Arquitectónicas.
Escuela de Arquitectura-UPCT.

francisco.segado@upct.es

Ciudad flujo

Complejidad y desorden

La superación de la homogeneidad y la jerarquía urbana y política

vol 12 / Jun.2015 111-126 pp Recibido: 23-11-2014 - revisado 18-12-2014 - aceptado: 08-02-2015

Arte y políticas de identidad

© Copyright 2012: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia. Murcia (España)
ISSN edición impresa: 1889-979X. ISSN edición web (<http://revistas.um.es/api>): 1989-8452

CITY FLOW: COMPLEXITY AND DISORDER

THE OVERCOMING OF THE HOMOGENEITY AND THE URBAN AND POLITICAL HIERARCHY

ABSTRACT

The city explains. On it we project our convictions or lack of them, longings, worldviews, judgments and prejudices. And however, the cities become that cultural precondition of which does not seem possible to rid ending with condition our convictions or the lack of them, our longings, etc. They certainly are an inescapable and “invisible” cultural substrate. Our contemporary world has generated a type of city that transcending the material has given rise to without bodies and complex relationships. The street has died, we heard from various fronts. The public space has exceeded the old physical geometry that no longer serves to register changes and flows that characterize our era. The limits were left behind. Your mapping cannot be conventionally. Facing the complexity, political and administrative actions hierarchical and simple, own strong stroke lose force. We not propose abandoning politics and the city, but the way of doing politics and city. Suggested management of complexity and clutter that coordinates complex, not from the hierarchy but from a “super-vision” policontextual and polycentric.

Keywords

City, flow, limit, externality, culture, complexity and disorder.

RESUMEN

La ciudad nos explica. Sobre ella proyectamos nuestras convicciones o la falta de ellas, anhelos, cosmovisiones, juicios y prejuicios. Y sin embargo, las ciudades se convierten en esa condición cultural previa de la que no parece posible desembarazarse acabando por condicionar nuestras convicciones o la falta de ellas, nuestros anhelos, etc. Ciertamente son un sustrato cultural ineludible e “invisible”. Nuestra contemporaneidad ha generado un tipo de urbe que trascendiendo lo material ha dado lugar a relaciones “des-corporalizadas” y complejas. La calle ha muerto, oímos desde frentes diversos. El espacio público ha superado la vieja geometría física que ya no sirve para registrar los cambios y los flujos que caracterizan nuestra época. Los límites quedaron atrás. Su cartografía no es posible convencionalmente. Frente a la complejidad, pierden vigor las actuaciones políticas y administrativas jerárquicas y simples, propias de tiempos fuertes. No proponemos el abandono de la política y la ciudad, sino el modo de hacer política y ciudad. Se sugiere una gestión de la complejidad y el desorden que coordine lo complejo, no desde la jerarquía sino desde una “super-visión” policontextual y policéntrica.

Palabras Clave

Ciudad, flujo, límite, exterioridad, cultura, complejidad y desorden.

“Cada hombre lleva en su mente
una ciudad hecha sólo de diferencias,
una ciudad de figuras y sin forma,
y las ciudades particulares la rellenan”.
(Italo Calvino, 2007. p. 47)

1 COMPRENDER LA EXTERIORIDAD

El intelecto humano no puede estar en reposo; no se puede estar quieto. Más aún, “no puede no hacer nada”. La necesidad de conocer y de conocerlo todo, anima su dinámica expansiva y reflexiva. Siempre estamos pensando. Siempre estamos conociendo. Siempre estamos de viaje, mirando y habitando. Resulta, además, que una de las cosas que más intensamente provoca nuestra curiosidad, nuestro entendimiento y nuestra capacidad de reflexión es la exterioridad y el contexto, a saber: lo que una vez interpretado nos permite saber qué es lo que hay que hacer. Hacerse cargo del contexto es un tipo de operación reflexiva que no puede ser sustituida ni por un método ni por una regla porque ni los métodos ni las reglas contienen todos los casos, todas las situaciones, todos los contextos, todas las exterioridades ¡Siempre hay excepciones a la regla! Tal parece ser el mundo y el tiempo que nos ha tocado vivir: excepcional.

Sea el contexto y la exterioridad todo lo que se desconoce y lo que pone a prueba nuestra inteligencia. Una vez conquistados física y reflexivamente, se vuelven interioridad, mundo interior: intimidad. Lo extraño deja de serlo para convertirse en “entraña”, en algo familiar, cotidiano, doméstico, en suma: conocido. Lo conocido dilata la interioridad del hombre moviéndolo a seguir conquistando lo extraño, lo desconocido y lo ignoto. Tal es la circularidad que pone de manifiesto Martín Heidegger en “Construir, Habitar, Pensar” (2001, p.107 ss.). Lo conocido acaba por habitar la intimidad y justamente por eso, por ser intimidad, tiende a salir al exterior sin dejar de serlo: las puertas del espíritu se abren hacia fuera, anotaba Kierkegaard, porque intimidad hay cuando puede exponerse, relacionarse y comunicarse.

La reflexión puede ser sobre las palabras y el lenguaje, y entonces se llama Gramática. Puede ser sobre el modo de medir el espacio, y entonces se llama Geometría o sobre el modo de grafiarlo y entonces se llama Geografía. Puede ser sobre el cuerpo humano y entonces se llama Medicina. Puede ser una reflexión sobre los números y entonces se llama Matemáticas, y sobre los sonidos y entonces se llama Música, etc. Sea como fuere, siempre parece haber reflexión porque el intelecto siempre está inquieto y porque no parece hallar reposo más que, una vez lo haya conocido todo (todo lo que le dé tiempo). En ese proceso de reflexión, el mundo exterior parece ocupar una de las posiciones más destacadas. No en vano, sostiene Choza (2008, p. 157 ss.), Tales y los milesios dieron con un modelo teórico de cosmos; Pitágoras con uno que explicaba las relaciones de los números entre sí y las relaciones entre los números y los cuerpos geométricos; Euclides dio con un modelo teórico de espacio; Heródoto lo hizo con los relatos y desde él y en clave conceptual se llama Historia; Eratóstenes obtuvo un modelo teórico para la superficie y los meridianos terrestres, etc.

En la capacidad de reflexión y de conocer propia del hombre, no parece haber fin. Tal es la condición humana. Quizá por eso, se afirma desde diferentes ámbitos de las ciencias, la filosofía, la antropología, las artes, etc. que el hombre no tiene medio, tiene mundo: el que crea, el que reflexiona e interioriza. El mundo del hombre se convierte en todo ese enorme universo y

panorama cultural que es capaz de crear y sobre el que proyecta circularmente sus convicciones, anhelos, deseos, y al cabo su propia definición de humanidad, de ocupación de territorio, y de organización socio-política, y de ciudad. Con frecuencia, en la historia cultural: “decir hombre es decir ciudad” (García Sánchez, 2013, p. 17 ss.). Por eso, hacerse cargo de la realidad del mundo, de su metamorfosis, de lo estable y lo inestable, de lo perenne y lo caduco no es un lujo para mentes ociosas, más bien debe entenderse como una de las posibilidades más intensas de estar realmente en el mundo. No se puede habitar el mundo que no se comprende porque la incomprensión de la realidad lleva consigo la fragilidad de nuestra presencia, fragilidad que probablemente provoca desorientación y al cabo insensibilidad.

2 EXTERIORIDAD

Sabemos por las **teorías constructivistas del conocimiento** que percibimos lo que conocemos. Lo que desconocemos no lo percibimos (Choza, 2002, p. 25 ss.). De manera que a mayor grado de reflexión y de conocimiento mayor grado de percepción, o dicho en términos más poéticos: el que conoce menos, siente menos.

Es posible que por lo dicho arriba, una de las cuestiones que más inquieta al hombre sea lo desconocido, no en vano hasta que el hombre no le ha puesto nombre a las cosas no puede decirse que haya tomado posesión de ellas. Poner nombre es llevar a cabo un acto de dominio y de reflexión. Es sabido que el hombre no domina por su fuerza material, o en virtud de una potencia irresponsable y ciega; sino en virtud de la palabra o pensamiento. Gracias a la palabra y al pensamiento, el hombre puede discernir, sopesar, encontrar la verdad de las cosas, y llevar adelante la técnica y la ciencia.

¿Qué es la exterioridad? Todo lo que cabe comprender, conquistar y colonizar, a saber: humanizar. Para lo que nos ocupa, exterioridad es lo desconocido, y por eso lo inhumano, lo carente de forma reconocible, lo caótico y monstruoso. Exterioridad es aquello que aún no ha podido cifrarse según una medida humana reconocible. Lo monstruoso es lo carente de número, lo que no se puede “contar”; monstruoso y caótico es aquello de lo que no se puede decir nada porque no se puede ordenar, ni medir, justamente por ello, de esos espacios no hay nada que “contar”.

Ciertamente, sabemos por Heidegger (2001, p.107 ss.) entre otros, que el hombre necesita un lugar físico en el que situarse, pero una vez situado en él, lo transforma en cultura, en suma, lo convierte en interioridad. Cuando ha colonizado y domesticado el espacio lo hace casa y hogar. Casa que es cueva y choza en el paleolítico, y asentamiento o aldea urbana en el neolítico, y *polis* en Grecia y *civitas* en Roma, y fortaleza o castillo en el medievo y cité en la *Christianitas* y así hasta nuestras cosmópolis o megápolis actuales carentes ya de fronteras o límites, privadas ya de forma reconocible o medible. Parece que el sueño original de llegar al último Dunkerque, al último límite, a la última frontera, al último lugar para conocerlo todo y sentirlo todo, se ha hecho realidad.

Cada forma de exterioridad colonizada, domesticada, socializada e interiorizada tiene su analogado equivalente en una versión “socio-política” que hace cierto el *dictum* hegeliano de que el arte eleva a categoría de concepto el propio tiempo. Por eso, en Grecia los había ciudadanos y esclavos; en Roma patricios y plebeyos, amos y esclavos; en la *Christianitas* medieval los había

fieles e infieles, herejes y paganos, también señores y siervos; y así un largo etcétera hasta llegar a la actualidad, donde encontramos a conectados y desconectados, emigrantes y autóctonos, incluidos y excluidos, etc. Y en el futuro *ciborgs*, replicantes y extraterrestres, etc. A todos ellos les ha correspondido y corresponde un modelo de “interioridad espacial” propio y distinto, y al cabo, un modelo de ciudad o en su defecto, un lugar en la ciudad.

El modo en que la exterioridad se conoce, se domestica, se familiariza y se integra en una cultura puede tenerse como un modo de humanización. Toda colonización lleva emparejada el peso de la cultura, a saber: una noción de humanidad. Por eso, hay espacios babelizados, helenizados, romanizados y urbanizados, cristianizados, islamizados, modernizados, ilustrados, democratizados, virtualizados, etc. La colonización es cultural o si se prefiere, el modo en que el hombre toma posesión de los territorios que conquista está atravesado por una interioridad previa que se proyecta sobre lo que se desconoce para poder integrarla en un sistema político, cultural, económico, religioso, etc. y ese es el modo humano de tomar posesión y de domesticar lo desconocido. Porque no es posible, que sepamos, encontrar un modo de colonización de la exterioridad exento de un “pre-supuesto” cultural y cuando se ha intentado llevar a cabo no se ha hecho más que caer en el error que se criticaba y se ha caído en la paradoja de Epiménides el Cretense que gritaba: “todos los cretenses mienten”. No es posible humanizar, ni domesticar ni “tomar posesión de la tierra como mortal”, que diría Heidegger (2001, p.63 ss.), desde el punto de vista del “ojo de Dios”. El punto de vista del hombre es humano y a veces, “demasiado humano” que diría Nietzsche.

3 EL MUNDO SE DILATA

Ya se ha indicado anteriormente que “el hombre no tiene medio, tiene mundo”. Ese mundo es el que conquista, el que crea, el que domestica, al que le pone nombre, a veces el que inventa porque lo que necesita no está en el medio que le rodea y entonces tiene que “crearlo”. Sea como fuere, ese mundo es cultural. Así, el espacio para el hombre paleolítico es un espacio caracterizado por la verticalidad que el bipedismo y la liberación de las manos le otorgaron. Porque hay un eje corporal vertical hay una axiología, hay unos adverbios de lugar: delante, atrás, arriba y abajo, derecha e izquierda. Y a cada adverbio le corresponde un valor: arriba está el cielo y abajo el infierno; a la derecha está lo diestro y a la izquierda lo siniestro; aquí estamos nosotros y allí están los otros, etc. Pero, es sabido, que ese primer espacio se ensancha y dilata a golpe de viajes y heroicidades porque son los viajeros y los héroes los que civilizan. Son “los héroes civilizadores” los que conquistan lo ignoto y vencen a los monstruos y a lo carente de medida y cifra humana para donárselo a la humanidad. Cada cultura y cada época tiene su Heracles, su héroe civilizador. La épica da cuenta de tales trabajos, de tales hazañas porque integrar en el mundo de lo humano lo que otrora carecía de forma es tenido por una acción épica que es retenida en la memoria de las civilizaciones. Los primeros en hacer de la exterioridad algo humanizable son los héroes. Quizá por eso, anota Javier Gomá, “el héroe deja un ejemplo tras su muerte que la ciudad bendice” (2007, p. 60). Y cuando los espacios se humanizan, por lo que cuentan los viajeros y los comerciantes, también por las hazañas de los héroes, por las exploraciones o por los conocimientos científicos, los límites se desplazan, lo conocido se dilata y los espacios caóticos y monstruosos se alejan o se desvanecen y se resitúan los cielos y los infiernos.

Quizá el modo más intenso de dilatar el espacio conocido, conquistándolo a la exterioridad, sea el llevado a cabo por la reflexión conceptual, pero para eso hace falta que haya ciencia y que haya una forma de medir, de contar, de cifrar y de hacerse cargo de lo real en términos de homogeneidades, constantes y leyes. Ese es el modo de conquista del cosmos llevado a cabo por el mundo griego, a saber: el científico. Ese es, según Choza (2008, p. 157 ss.), el proceso que llevan a cabo Heródoto en el ámbito de la Historia, Hipócrates en el de la Medicina y Euclides en el de la Matemática y la Geometría. Lo que los griegos inventan es un modo de obtención de leyes y homogeneidades que permiten explicar el mundo en términos de constancias, de conceptos y de abstracciones y no en términos mágicos, míticos, simbólicos o religiosos. Grecia opera así el primer proceso de desencantamiento y desmitificación del mundo. Desde entonces, lo caótico, lo monstruoso y la exterioridad es aquello de lo que se desconocen sus leyes, sus constantes y sus homogeneidades, aquello de lo que se desconoce su comportamiento.

Será Roma la que lleve a cabo el siguiente modo de colonización del espacio y lo hará a través del Derecho y de la Política. Desde entonces, los espacios pasan a ser propiamente urbanos o si se prefiere cívicos porque, como es sabido, una *civitas* es el modo en que un conjunto de mujeres y hombres son articulados y organizados mediante un derecho común cuyo acatamiento es el que genera ciudadanía. A partir de ahí los espacios se aglutinan e integran en el espacio de un *ius* aplicable a todos los habitantes del Imperio que se dilata hasta hacer coincidir el orbe con la urbe, o si se prefiere la polis con el cosmos. La primera cosmópolis que conocimos es la romana.

No hará falta aquí continuar con el proceso histórico político y cultural de dilatación del espacio que continúa con la formación de la *Christianitas* medieval donde la Iglesia asume la continuación y la administración del Imperio Romano, “sustituyendo y reemplazando” el *ius civile* por la fe, la religión y el *ius canonicum*. Y así será hasta el siglo XII con la creación de las *cités* medievales o ciudades episcopales que darán forma al territorio europeo del que nacerán los burgos y que alumbrará muchas de las ciudades que conocemos actualmente. La Edad Media es una edad más urbana que rural, y así lo anotan Pirenne en “Las ciudades de la Edad media”, Le Goff en “la civilización del Occidente medieval”, Geroge Duby en “Guerreros y campesinos”, y Thierry Dutour en “La ciudad medieval”, entre otros.

Llegados a la Modernidad los espacios ya han sido colonizados globalmente. El desarrollo de la mayoría de edad moderna se lleva a cabo, entre otros, por la obra de Newton que crea un modelo de espacio y de universo homogéneo y constante. En él no caben ni particularismos, ni matices ni diferencias (García Sánchez, 2013, p. 87 ss.). Todo queda sujeto al imperio de la razón, instancia que lo unifica y uniformiza todo, dando lugar a un nuevo modelo de gestión no fundado ni en el simbolismo mágico y mítico, ni en la ciencia o el derecho griego y romanos, ni en la fe o el derecho canónico sino en la Administración. Los espacios se empiezan a gestionar administrativamente a saber: burocráticamente. Nace el Leviatán que regula y supervisa la realidad y el mundo.

4 DESAPARICIÓN Y DISOLUCIÓN DE LA EXTERIORIDAD

Alcanzado el siglo XX el proceso de colonización y urbanización ha llegado a su ápice más alto. Nótese que más de las dos terceras partes de la población viven en ciudades, que la proporción de hombres libres ha pasado de 1 cada 50.000 a 1 cada 6, con una esperanza de vida que se ha multiplicado por tres si la comparamos con épocas anteriores.

Parece haber unanimidad en que el Paleolítico puede entenderse como el periodo en que el hombre materializó la ocupación de todo el territorio, estando la vida orientada a la supervivencia. El Neolítico puede entenderse como el periodo en el que el hombre coloniza toda la exterioridad que explota en términos de caza y recolección, desarrollando modelos inéditos de producción y de subsistencia en los territorios que coloniza y que da lugar a formas nuevas de intercambio, al comercio, a la aparición de la moneda, etc. (Gordon Childe, 1936, p. 85 ss.). Y el Post-neolítico puede tenerse como el periodo en que el hombre ha conseguido disolver toda la exterioridad en la interioridad. Más aún, puede entenderse como el periodo en que de nuevo la *urbe* coincide con el *orbe*, la *polis* con el cosmos. Por eso, el espacio que habita el hombre es una “cosmópolis” y por eso, este nuevo espacio cívico carece de las fronteras, las murallas y los límites físicos, psicológicos políticos y morales que otrora servían para marcar las identidades, distinguirlas y significarlas respecto a las demás.

Anota Hannah Arendt en “La Condición Humana”, que el hombre se dio cuenta de las limitaciones, las debilidades y las fragilidades terrestres cuando pudo observar la tierra desde el espacio como un elemento finito en un solo golpe de vista: “Precisamente cuando se descubrió la inmensidad del espacio que disponía la Tierra, comenzó la famosa reducción del globo (...)” (1993, p. 279 ss.). En efecto, a partir de ese momento se percibió la tierra como un territorio desamparado, expuesto al albur de los hombres. Coincide tal percepción con el convencimiento de que, a diferencia de otras épocas, todo está dentro, ya no hay fronteras ni murallas, ni límites ni vallas (*nomos*) a los que enviar a los desterrados, a los excomulgados, a los infieles y herejes, a los bárbaros y a los paganos, a los delincuentes a lo tóxico. Los desechos, la basura y lo que no se puede metabolizar ni interiorizar no tiene un lugar al que enviarse. Surge entonces el convencimiento de que el mundo se ha quedado sin esos “alrededores” que en tiempos pasados servían para descargar la toxicidad física, política y moral aliviando el grado de corrupción que pudiera contaminar en exceso el espacio de lo humano, el espacio interior. En cierto sentido, podría entenderse esta situación como un “exceso de espacio” correlativo al achicamiento del planeta (Marc Augé, 2000, p. 36). Ser conscientes de que el espacio se puede recorrer en cantidades reducidas de tiempo, que los medios de transporte pueden desplazarnos de una partes a otras velozmente y que un satélite puede realizar una foto de gran parte de la superficie terrestre acaba por reducir psicológicamente la noción de espacio que se tenía en épocas pasadas y termina por provocar una sensación de finitud, de homogeneidad y de pensamientos a escala de la que carecíamos en otras épocas.

Daniel Innerarity anota que “el mundo ha perdido sus alrededores” (2008, p. 51 ss.) y que, por tanto, todo se ha vuelto interior. La exterioridad se ha extinguido en nuestro planeta. No es casualidad que el hombre visto desde el espacio exterior se haya vuelto nativo, como tampoco es casual que desde el convencimiento de tal situación, se haya puesto tan en boga el ecologismo y al cabo la necesidad de gestionar lo residual y tóxico desde espacios e instancias interiores que comparten el espacio de la ciudad. Instancias que, lejos de disolver tales anomalías tóxicas o patologías cívicas, utilizará sus recursos disponibles para reciclarlas y volver a integrarlas en el ahora único espacio común, el de un *orbe* coincidente con la *urbe* cuyo único paraguas regulador y protector, reconocible común y globalmente parece ser la Declaración de Derechos humanos de 1948. Renacen las fantasías de los lugares y los intentos de volver a delinear y delimitar los espacios, los contornos y las fronteras, como si de islas de nativos se tratara con identidades singulares y propias.

5 ANTROPOLOGÍA CÍVICA DEL SURF: FLEXIBILIDAD Y EQUILIBRIO

Y probablemente lo que más singular hace nuestro mundo contemporáneo no es la sensación de finitud espacial, ni la existencia de cambios sino más bien su dimensión, su intensidad y la aceleración con que se producen. Hace tiempo que los cambios dejaron de seguirnos los talones para arrollarnos en su acontecer. Quizá por eso, porque la historia nos arrolla, y no podemos abarcarla ni comprenderla, ha dejado de ser portadora de sentido reduciendo el espacio vital y existencial al de la finitud y al de los mini-relatos.

Desde muchos frentes se indica que el “todo fluye” de Heráclito ha recuperado de nuevo sus derechos. Desde múltiples instancias se ha dicho que los acontecimientos han adquirido una aceleración que ha desbordado la capacidad de asimilación que tiempo atrás teníamos sobre ellos. Verdaderamente no era el caso de Isabel la Católica, de Carlos V, ni de Napoleón sentirse desbordados por la cantidad o inmediatez de información que podían disponer. Sin embargo, en nuestro mundo, el límite de lo que podemos saber no radica tanto en la disponibilidad o inmediatez de la información que podemos manejar sino más bien en la capacidad para procesar comprensivamente tanta información, que acaba por convertirse en otro exceso del que da cuenta Marc Augé, calificándolo de *sobremodernidad temporal* (2000, p. 31, ss.) y que Habermas ha expresado con el término “inabarcabilidad”: nuestro mundo se ha vuelto *inabarcable* no tanto desde el punto de vista de lo que podemos hacer como de lo que podemos comprender. No es una cuestión operativa, nos sobran medios; es una cuestión cognitiva, nos falta capacidad comprensiva. Es esa escasez la que acaba generando la crisis de gobernabilidad a la que asistimos.

Algo así debió sentir Robert S. Macnamara, secretario de Defensa norteamericano entre 1961 y 1968, cuando sostenía que una de las razones por las que los gobiernos de Kennedy y Johnson no llegaron a un planteamiento ordenado y racional de las cuestiones fundamentales referentes al Vietnam fue la asombrosa cantidad y complejidad de (otros) asuntos a los que se enfrentaban. Dicho de forma más simple: se hallaban ante un aluvión de problemas; el día tenía sólo veinticuatro horas y, a menudo, no disponían de tiempo para pensar con claridad ¿Qué hacer con el tiempo cuando no hay tiempo que perder y cuando hay que tomar decisiones sobre acontecimientos que a duras penas se pueden comprender y discriminar? Esta parece ser la cuestión a la que está sometida la ciudad y las decisiones de políticos, urbanistas, geógrafos y arquitectos.

Los datos no siempre son estables, fijos ni constantes. Tampoco las necesidades y las valoraciones. La ciudad ya no es el lugar de los lugares e identidades comunes que ahora, fluctúan generando una nueva relatividad caracterizada por la imposibilidad de hacerse cargo de un panorama manejable. Tal es la condición de la complejidad sociocultural que tiene por origen la emergencia de las nuevas tecnologías. Se impone un nuevo régimen, el del riesgo (Beck, 2002) que genera una inseguridad peculiar a la que no cabe hacer frente ni con poder, ni con dinero, sino con “saber”.

Nace entonces, sobre los ciudadanos, ese “estrés adaptativo” del que hablan los psicólogos y los sociólogos, y que hace de nuestra contemporaneidad algo simultáneo a la sensación de aceleración y cambio, asemejando el espacio sobre el que vivimos a una suerte de líquido en continuo desplazamiento sobre el que mantenemos el equilibrio como tan diestramente llevan a cabo los surfistas, los *homine novi*, los que cabalgan a la grupa de un oleaje (computadoras, tabletas, móviles, etc.) que no se comprende pero sobre el que sencillamente nos desplazamos

(Baricco, 2009). La ciudad, hoy más que nunca, se ha convertido en un lugar de acción y no de contemplación. La velocidad de cambio de los acontecimientos que no podemos discriminar solo nos permite “surfear” en equilibrio, flexiblemente, con agilidad, más que articular mecanismos, capaces de ralentizar la velocidad de cambio o de modificar sustancialmente su tendencia para su comprensión.

6 ANTROPOLOGÍA CÍVICA DEL SURF: FLEXIBILIDAD Y EQUILIBRIO

El concepto de límite oscilará entre una realidad física, que tiende a disolverse tras la fragmentación deconstructivista y postmoderna, una realidad cultural que difumina los contornos tras la globalización (Guiddens, 2002) y una realidad fluida, líquida y virtual, mediatizada e informatizada (Virilio, 1991), (Baudrillard, 2002). Son cada vez más frecuentes los proyectos en los que se advierte la disolución de la materia, manifestándose una suerte de fluidez de las formas que parecen deslizarse en un medio acuoso o fluido. La realidad, el mundo y los países que tras la Paz de Westfalia en 1648 se definían por sus límites, con sus mapas geopolíticos coloreados, debieran ahora grafarse en función de los flujos que los atraviesan. Los contornos y los rellenos coloreados debieran reemplazarse por isobaras de altas y bajas presiones que representen la movilidad cambiante. La geometría actual es de índole “variable”. En la actualidad, no son las delimitaciones geopolíticas de la Modernidad, sino más bien continuas, cambiantes e intensas degradaciones en “sinuosas curvas de nivel” lo que nos permite comprender más atinadamente las densidades significativas del espacio que se ha transformado en un soporte de “banda ancha” para el flujo de personas, mercancías, información, dinero, datos, virus, etc.

El intento de grafar este nuevo modo de identidad como un cuerpo armónico sin perturbaciones disonantes, con una territorialidad homogénea, es a nuestro juicio una quimera política. Nada hay asegurado; Heráclito ha recuperado sus fueros. El suelo como apoyo tiende a desaparecer y los edificios empiezan a perder la fachada como tal. Los alzados son una continuidad del suelo, que en su deslizamiento, real o virtual, se prolonga desde el plano horizontal de apoyo hasta el vertical de cierre. No resulta inmediata la distinción entre piel y territorio, entre estructura y cerramiento, sino que unos y otros se deforman dúctilmente configurando una nueva forma arquitectónica donde el límite ha desaparecido en una suerte de deconstrucción de los postulados vitruvianos de la arquitectura (García Sánchez, 2013, p5 ss.).

Lo real se disuelve en lo virtual, y el suelo, que era el único lecho rocoso, y firme de la arquitectura, se pliega, formando una sutil envolvente diáfana y mutante (realidad virtual). La arquitectura empieza a delimitarse, más que con un contorno, con “curvas de nivel” incesantes que reseñan el flujo de atención, de uso, y de recorrido. El exterior desaparece, el suelo deja de ser plano. La independencia que, respecto de la naturaleza, conformaba la razón de ser de la arquitectura, es decir, la delimitación entre intemperie y refugio, deviene ensoñación en un mundo que ya no teme a la naturaleza.

Comienza un proceso de flotabilidad en un flujo transformador, donde los contornos nítidos y precisos pasan a ser cuestionados. El espacio comienza un proceso de transformación en centros de altas y bajas presiones que miden la intensidad de información. Es pura intensidad polifónica, múltiple y significativa. El cartesianismo espacial y la homogeneidad pretendida para el espacio Newtoniano que permitía un ordenamiento taxonómico según relaciones de posición,

da paso a un tipo de representación según densidades cognitivas (nodos) en las que el centro, como punto de equidistancia y referencia desaparece, transformándose en una alegoría física en cuya virtud, el medio se convierte el mensaje. En la actualidad, más que centros hay nodos (Solà-Morales, 2002). Pero los nodos son correlativos a la evanescencia del lugar, entendido como ámbito de encuentro, toda vez que la realidad es mera virtualidad y la comunicación, múltiple e instantánea.

Junto a la disolución de los límites, desde diferentes frentes se percibe el universo como una realidad que no es constante ni estática, más bien es elástica, por lo que la geometría tradicional y el comportamiento de los objetos empiezan a repensarse para su ubicación en un medio fluido, dinámico y no estático. En este universo líquido (Bauman, 2002) la forma arquitectónica, también la urbanística se vuelve evanescente, difusa, borrosa. No es inmediata la distinción interior-exterior porque ya no queda siquiera piel fragmentada. El espacio soñado por la Modernidad, homogéneo e isomorfo deviene elástico, líquido y fluido, a saber: topológico.

Algunos estudios de arquitectos y urbanistas consideran que el nuevo paradigma para la arquitectura y el urbanismo de nuestro siglo XXI es “el espacio topológico” frente al cartesiano y al newtoniano. La arquitectura ya no es fija y estática sino más bien flexible y dinámica, esto es: animada. El objeto arquitectónico y la ciudad parecen no estar definitivamente concluidos. En el universo topológico, la materia se torna flexible y mutante, tal es su condición. Pero tal consideración de deformabilidad y ductilidad requiere, para que los objetos mantengan su propia continuidad, una reconsideración en forma topológica.

¿Qué propone la topología? la consideración de una geometría de la cinta elástica o del espacio elástico, abordando las características de los cuerpos geométricos del espacio, que se mantienen invariables cuando el espacio se curva o se estira. Lo material, lo pesado y tectónico se resuelve dúctil, por lo que no existen dos formas idénticas. La desaparición del límite y la topología dan pie a una suerte de movimiento “animado” de lo tectónico y lo urbano, como si de un deslizamiento en un fluido se tratara. Este movimiento animado no implica necesariamente una acción previa y un cambio, sino una evolución de la forma frente a la estaticidad clásica de la arquitectura y la ciudad.

7 CIUDAD FLUJO: GESTIÓN DEL DESORDEN COMO ALTERNATIVA A LO HOMOGÉNEO

Hasta hace poco tiempo, seguir unas reglas o aplicar métodos era posible y fácil porque tanto el espacio como las circunstancias (el contexto) eran bastante más homogéneos, constantes y estables que los de nuestra contemporaneidad compleja. Nótese que, la idea de complejidad que manejaba Max Weber cuando formuló su teoría de las formas de organización burocrática, se correspondía con un modelo de mecánica del siglo XIX. Y es complejidad se superaba con una noción de racionalidad que era la de la división jerárquica del trabajo. La eficacia de la jerarquía para solucionar tareas comunitarias dependía de que las tareas pudieran ser descompuestas en partes, localizando a cada una de ellas en un lugar apropiado de la estructura jerárquica.

Sin embargo, en la época en que vivimos, la ambigüedad, la excepcionalidad, la entropía, el desorden, las turbulencias y las dinámicas no lineales crecen y la fragmentación o trituración de tareas no resulta posible cuando los sistemas están entrelazados y los problemas exigen un tratamiento en el que cooperen diversos sistemas simultáneamente en cadenas de redes y

circularidades. En la actualidad percibimos el ocaso de las jerarquías como principio ordenador de las sociedades y de las ciudades pues ofrecen concepciones simplistas del orden, como si la alternativa fuera el caos o la unidad completa entre las partes (Innerarity, 1999, p. 231 ss.).

Crece eso que Italo Calvino llama desierto y que pone en jaque lo que desde diferentes frentes se llama razón práctica, o si se prefiere el sentido común. Ciertamente deberíamos despedirnos de eso que hasta hace pocas décadas llamábamos orden, y que permitía poner cada cosa en su sitio y que facilitaba el acceso del conocimiento porque, en cierto modo, siempre se ha dicho que conocer es como “poner orden” y como clasificar. Sin embargo, constatamos en la actualidad una expansión del desorden, de lo impredecible e imprevisible, de lo azaroso, de lo no regulado y lo volátil que adopta la forma de “complejidad” que nos arrolla en su acontecer.

Es posible que pensar, proyectar, ordenar, urbanizar, etc., en la actualidad, se parezca bastante a caer en la cuenta de que el orden se oculta bajo el desorden y que el desorden más que aquello a aniquilar es aquello a gestionar y a supervisar. Nos parece que se hace necesario concebir el orden como algo tan distinto del caos como del orden perfecto porque ninguno de los dos puede modificarse ni gobernarse. Gobernar, ordenar, proyectar, urbanizar en nuestra contemporaneidad debieran entenderse como estrategias de ordenación selectiva, equilibrios de caos y orden, de libertad y necesidad, de contexto y autonomía.

El crecimiento babélico de las nuevas áreas urbanas, sin dirección ni forma, el transporte que permite alejarse de la ciudad sin dejar de vivir en ella, la devaluación de la calle como el espacio de las relaciones corporales y visuales, etc. convierten a la ciudad actual en el lugar más complejo y heterogéneo, donde todo, hasta el propio espacio físico se vuelve incierto. Intentar acceder a la comprensión de la ciudad desde valencias unidireccionales y jerárquicas está condenado al fracaso, por eso hablamos en términos de complejidad y heterogeneidad porque nada parece obedecer a una sola causa ni a un solo origen. Cada ciudad, afirma Italo Calvino, recibe su forma del desierto al que se opone. En nuestra época ese desierto es el nihilismo, a saber: la carencia de centro, la des-corporalización de las relaciones sociales, la liquidación de cualquier fundamentación ontológica y, al cabo, la pérdida del espacio como elemento simbólico y la devaluación de la historia como portadora de sentido. No es casualidad que Italo Calvino afirme: “cada vez es más difícil vivir las ciudades como ciudades” (2007, p.15).

Se ha dicho más arriba que en la actualidad, la ciudad es depositaria del cambio mismo; un cambio cuya velocidad de transformación es mayor que la que tenemos para percibirla y que el “estrés adaptativo” que genera alumbra la sensación de inabarcabilidad, y de ingobernabilidad. La duración ha desaparecido, vivimos en el mero presente: ya nada parece conquistarse con absoluta seguridad, ni el saber, ni la competencia, advierte Innerarity (2006, p.165 ss.).

El concepto de centro como instancia espacial con potencia simbólica ha desaparecido, y no pocos autores insisten en la tesis de que sólo cabe el control y la supervisión como única vía de organización; una organización que sustituya la moderna y jerárquica concepción de orden, por la post-ilustrada y post-estatal concepción del desorden, a saber: una suerte de anarquía regulada que supere el anquilosamiento y la perplejidad. No deben considerarse aquí los términos “anarquía” y “desorden” peyorativamente sino como realidades que se han generado, no tanto con pretensiones políticas o revolucionarias sino como la consecuencia de un exceso de espacio, de información, de historia y de tiempo que sólo nos deja como opción la flexibilidad y la agilidad del surfista. El intento de aniquilación del desorden deviene terror, por ello nos parece que hay que ser cauto a la hora de ordenar, debiendo tolerarse la excepción, lo distinto y diferente. Si la ciudad

ya no crece de manera racional y la planificación racionalista se ha vuelto instrumento arcaico, lo único que nos resta es el control y la supervisión: una orquestación no de índole jerárquica y policial sino post-axial y policéntrica, capaz de domesticar el desorden o en su defecto, de adaptación antropológica consistente en el equilibrio, la flexibilidad y la agilidad del surfista. Se trata en suma, de la gestión de las “metástasis”, las ambigüedades, las turbulencias y las indiferencias urbanas cuyas formas son: los flujos, las dispersiones, los desbordamientos, los coágulos, las densidades nodales, los amotinamientos, los amontonamientos, las metamorfosis, etc.

La ciudad post-urbana y post-ilustrada carece de centro y por tanto de equidistancia. Se ha adentrado en la era post-axial, la carente de un eje vertebrador o de referencia que en épocas pasadas establecía ordenamientos y jerarquías. La ciudad que definía Lewis Mumford como “la forma de una relación social integrada con centro y límites”¹, y que revelaba las diferentes fases históricas por las que había pasado (piel de cebolla), queda vista para sentencia. El centro ya no es un lugar físico, ya no es una instancia espacial. Los tiempos y las trazas urbanas que calificaban y clasificaban a los ciudadanos por su lejanía o cercanía al centro de la ciudad han quedado atrás. Las aglomeraciones que permiten hablar de grandes agregados por encima de los cinco millones de habitantes ya no tienen una estructura física ni centralizada ni concentrada, pero sí intensamente interconectada (Solà-Morales, 2002). Insiste Solà-Morales en que los criterios de crecimiento y planificación urbanos racionalistas, organicistas o evolucionistas ya no sirven para explicar fenómenos como los del plan para la reconstrucción del centro de Beirut, los de la operación de expansión del Bund de Shanghai, los de la reunificación de Berlín, la renovación del centro de Bucarest, o el crecimiento de ciudades como México, Brasilia o Jeddah (2002, p. 85).

Hoy el centro está fuera de la ciudad; no es ubicable: **el centro es el tiempo**. El espacio se ha transformado en “no lugar”: en anónimo. “Los ciudadanos, ya no están identificados, ni localizados, ni socializados, (...) más que a la entrada o a la salida”, anota Marc Augé (2000, p. 81, ss.), o si se prefiere: al conectarse y desconectarse. Si el lugar no importa, tampoco importa el camino que llega a él. Si todos los lugares son iguales, los recorridos y las vías de acceso son indiferentes: los recorridos y caminos conducen a no lugares o, mejor dicho, los atraviesan. La centralidad, el orden, la taxonomía moderna, se han transformado en post-axialidad. El intento de “aniquilación” de lo excepcional, lo distinto, lo diferente, lo desordenado, etc. es, a fecha de hoy, imposible.

La resistencia al desorden, parecida a la “*big stick policy*”, genera un tipo de desgaste similar al que padece quien pretende incluir en las reglas y los métodos todos los casos. Tanto Kant como Wittgenstein han advertido que llega un momento en que no podemos invocar a métodos, normas o reglas el análisis y la comprensión de los contextos. Llega un momento en el que sólo cabe la espontaneidad de la acción, y ese tipo de operaciones que lleva a cabo la inteligencia y que no puede ser sustituida por métodos, normas o reglas.

En nuestras ciudades contemporáneas lo excepcional es lo habitual. Se torna ineficaz la aplicación de reglas propias de espacios homogéneos y de tiempos constantes y estables. En nuestras ciudades, los grumos y cúmulos nodales concentran la información, transformando el lugar en ciberespacio y cancelando el concepto de movilidad. Esta situación, en la que estar en un nodo es estar en todos liquida la noción de desplazamiento. No hay un “aquí” ni un “allí”, sino un “antes” y un “después”.

La ciudad flujo, la de la complejidad y el desorden, la nueva Babilonia, ciertamente se sustenta sobre una tecnología, que sigue manteniendo como lecho al capitalismo, en un nuevo proceso

de colonización mundial que llamamos globalización. Su instrumento primordial es la red, que recreando un espacio virtual coloniza el mundo. Así, internet y la extensión de infinitas redes y flujos de información, convierte el “tiempo” en un elemento común para todo el globo: un instrumento franco, como otrora fue el latín. Ahora lo común es la ubicuidad y la instantaneidad, de modo que los conceptos modernos de recorrido y distancia desaparecen como entidades espaciales. No sólo la información que fluye es accesible a todos, sino también “a la vez”. Este nuevo modo de entender el tiempo, como elemento franco y global, sincroniza al mundo. Por ello, el centro de las metrópolis actuales es el tiempo, y no el espacio. Un tiempo sin espacio real; una sucesión de simultaneidades, un montón de “a la vez” que se suceden unos a otros. Ahora somos más equidistantes, más democráticos, más iguales; el centro es más común y accesible que nunca.

La suerte de la ciudad tradicional y moderna queda vista para sentencia. La definición de Lewis Mumford, como “la forma de una relación social integrada con centro y límites, cuyas capas revelan la síntesis de sus diferentes épocas históricas”, se vuelve obsoleta. Su obsolescencia se debe a que las grandes ciudades de la modernidad acogían una estructura social bien “delimitada”. Sin embargo, esa estructura, parece haberse deconstruido, estallando en multitud de grumos babélicos sociales y laborales relacionables a través de la red. La red permite conectar una ciudad que se ha desintegrado y fragmentado y que al cabo carece de figura propia y de simbolismo espacial (vg. Los Ángeles de Blade Runner); tal es su condición. El ciudadano contemporáneo, sí que vive en una ciudad a la que le quedan aún los parques, los centros históricos, los museos, las iglesias, pero el espacio que habita empieza a no ser definible en términos de límite, centro y periferia.

El sujeto contemporáneo vive en una pluralidad de escenarios sociales que comparten ese espacio físico común que llamamos tiempo, pero no un tiempo moderno sino g-local. Escenarios que no necesariamente están relacionados entre sí. Dentro de ellos, cada sujeto interpreta y representa un personaje diferente. Bien podríamos llamar al ciudadano actual, ciudadano *collage*. La ciudad flujo se ha convertido en un nuevo Aleph borgiano, en suma, en esa especie de objeto mágico que representaba y proyectaba todas las cosas del mundo. En esta situación, no cabe hablar de identidad, porque el hombre de hoy salta en tiempo real de una representación a otra sin saber cuál de los personajes encaja mejor con el actor. Y nos preguntamos: ¿Es posible unificar estos papeles de representación como si de un tipo de identidad romántica se tratara? ¿Puede comprenderse el sujeto de la post-axialidad según valencias culturales de tiempos pasados, o le resta renunciar a ellas? ¿Es posible saber quiénes somos, o nos queda como alternativa la aventura de construir, o mejor, de inventar, una identidad que pueda hacerse cargo de la heterogeneidad, la multiculturalidad y la falta de orden que define la tópica de nuestra cultura?

8 A MODO DE CONCLUSIÓNHOMOGÉNEO

Nuestras sociedades y nuestras ciudades se han vuelto complejas y no sólo por su magnitud, ni por su número de habitantes y de esferas particulares del saber y del conocimiento, sino por su modo de relacionabilidad post-jerárquica. El policentrismo del saber, de la cultura, de la información, de las aglomeraciones no encaja con la idea de sociedades y ciudades con centros y sistemas ordenados jerárquicamente anota Innerarity. Y sin embargo, comprobamos que este policentrismo acepta cómodamente relaciones horizontales, estructuradas en forma de red

donde la centralidad parece encarnarla no una instancia espacial sino temporal, el tiempo real, y un tipo de gobernabilidad que gestione a “corto plazo” problemas que no pueden esperar y a “medio plazo” proyecte estrategias que tengan como objetivo el cambio autónomo de sistemas sociales, produciendo así sistemas que planteen menos problemas (Forrester 1971, p. 82).

Este nuevo modo de relacionabilidad post-jerárquica propio de la complejidad actual bien puede considerarse como “heterárquico” (Foerster 1984, p.8) y que consiste en que los centros de decisión se diversifican, escapando a la forma axial y jerárquica de ordenación y control. La babelización, el multiculturalismo, la red y el cambio, la aceleración de los cambios y el estrés de lo real forman el contexto de la ciudad actual y al cabo, su oportunidad. Contexto que debe gestionarse si queremos que la ciudad no muera, convirtiéndose en un santuario, en una especie de museo funerario o de centro terapéutico de mantenimiento de la memoria. La babelización, la discontinuidad, el cambio, la aceleración de la historia, las turbulencias y perturbaciones, el flujo, etc. tan propio de la realidad de la que participan las ciudades no es una limitación sino una oportunidad. Qué fue el triunfo de Atenas sobre Esparta sino el triunfo de las culturas sobre el ensimismamiento. La ciudad actual es la ciudad de la diversidad, la ciudad que ha reemplazado la triada ilustrada bisecular de “libertad, igualdad y fraternidad” por la post-axial y post-neolítica de “libertad, diversidad y tolerancia”.

Defender una política de “*munding through*” donde la única forma de entender el orden es aniquilando o superando el desorden, el caos, las turbulencias y la complejidad, reduciendo la velocidad de transformación de los hechos, eliminando las perturbaciones, etc. incapacita para gestionar lo urbano y lo civil en la actualidad. El desorden no es un fallo o una carencia, no es algo negativo, es probablemente una de las cosas que más provoque y estimule la inventiva, la imaginación y la creatividad. Creemos que conviene superar el pensamiento homogéneo y de cumbres jerárquicas.

Nos planteamos cómo construir la ciudad, esa ciudad utópica que aunque no la descubramos ni conozcamos, no podemos dejar de buscarla ni de imaginarla, si el centro (el tiempo) está fuera de ella y es virtual y global. En suma, nos planteamos cómo hacer visible la ciudad “invisible”, aquella donde seamos capaces de convivir con “lo” que no comprendemos, con lo que se nos escapa, con lo que cambia.

Nos tememos que la imaginación y la creatividad, mírese por dónde, van a acabar siendo el instrumento más eficaz para invocar una “flexibilización que acoja la diferencia sin perder la identidad”. Ahora tiene sentido el verso de la Antígona de Sófocles: “Una ciudad que pertenezca a un solo hombre (a una sola realidad) no es una ciudad”. Por ahí pasa, a nuestro juicio, el futuro de la ciudad, en suma: su vida. Y si las referencias no son estables, entonces nos resta el estilo, la estética, ese tipo de capacidad de inventiva que se asemeja a la creación poética, y al saber estar, que diría Kant o al *sensus communis* que anota Gadamer (1990, p.36). Lo otro, el aislamiento, el enfrentamiento y el combate con los flujos, lo homogéneo, los ordenamientos simples y lo constante nos suena a parálisis.

Referencias

- Arendt, H.** (1993). *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- Augé, M.** (2000). *Los no lugares. Espacios del anonimato*. Barcelona: Gedisa
- Baricco, A.** (2009). *Los bárbaros. Ensayos sobre la mutación*. Barcelona: Anagrama.
- Baudrillard, J.** (2002). *La ilusión vital*. Madrid: Siglo XXI de España editores.
- Bauman, Z.** (2002). *Modernidad Líquida*. Buenos Aires: Fondo de cultura Económica de Argentina.
- Beck, U.** (2002). *La sociedad del riesgo global*. Madrid: Siglo XXI.
- Calvino, I.** (2007). *Las ciudades invisibles*. Madrid: Siruela.
- Choza, J.** (2008). Medicina, Geografía y Geometría. Los espacios de la salud y la enfermedad. *Thémata. Revista de Filosofía* (40), 156-157.
- Choza, J.** (2002). *Antropología Filosófica. Las representaciones del sí mismo*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Chueca Goitia, F.** (1998). *Breve historia del urbanismo*. Madrid: Alianza.
- Foerster, H.** (1984). Principles of Self-Organization In a Socio Managerial Context. En Ulrich, H y Probst, G (Eds.), *Self-Organization and Management of Social Systems (pp 2-24)*. Berlín: Springer.
- Foerster, J.** (1971). *Planung unter dem dynamischen Einfluß komplexer sozialer Systeme*. En Volker, R. y Gunter, S. (Eds.), *Politische Planung in Theorie und Praxis*. München: Piper.
- Gadamer, H.G.** (1990). *Verdad y Método*. Grundzüge einer philosophischen Hermeneutik. Tübingen: Mohr.
- García Sánchez, R.** (2013) *Meditación sobre la ciudad actual*. Murcia: Edit.um.
- García Sánchez, R.** (2013) Muerte y deconstrucción de Vitruvio. *P+C Proyecto y Ciudad. Revista de temas de arquitectura* (4), 5-20.

Gomá, J. (2007). *Aquiles en el gineceo*. Valencia: Pre-textos.

Gordon Childe, V. (1954). *Los orígenes de la civilización*. México: Fondo de Cultura Económica.

Guiddens, A. (2002). *Un mundo desbocado*. Madrid: Taurus.

Heidegger, M. (2001). *Conferencias y artículos*. Barcelona: Ediciones del Serbal.

Innerarity, D. (2008) Un mundo sin alrededores. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals* (82-83), 51-55.

Innerarity, D. & C. (1999). La transformación de la política para gobernar una sociedad compleja. *Revista de Estudios políticos (Nueva época)* (106), 231-255.

Innerarity, D. (2006). Pensar el orden y el desorden: Una poética de la excepción. *Convivium, revista de filosofía* (19), 165-178.

Solà-Morales, I. (2002). *Territorios*. Barcelona: Gustavo Gili.

Virilio, P. (1991). La ciudad sobrepuesta. En Virilio, P. *The lost Dimensión*, New York: Ed. Semiotexte.